

Jesús Lezaun
La afonía de Ezequiel



Cástor Olcoz

JESÚS LEZAUN
LA AFONÍA DE EZEQUIEL



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Mayo de 2009

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Cástor Olcoz

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
Navaz y Vides 1-2
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DEPÓSITO LEGAL
NA. 1751-09

ISBN
978-84-8136-550-4

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Nabarrera.com

IMPRESIÓN
Gráficas Lizarra S.L.
Carretera a Tafalla, km. 1
31132 Villatuerta - Navarra



PRESENTACIÓN

JESÚS LEZAUN (ARIZALA, NAVARRA, 1925), doctor en Teología y licenciado en Derecho Canónico (Roma 1952), fue profesor de Teología en el Seminario de Pamplona durante treinta y cinco años. Director del Convictorio Sacerdotal, desarrolló una amplia labor de *aggiornamento* teológico en varias generaciones de sacerdotes y en todo el clero diocesano como responsable de su formación permanente durante la etapa posconciliar.

Hombre esencial y controvertido en la historia reciente de la Iglesia de Navarra, incluso apagado el eco de las bodas de oro de su promoción, continúa mostrando frente a viento y marea su condición de teólogo, analizando cuantos problemas y avances se perfilan en el campo de la ciencia teológica.

Su preocupación por mostrar nítido el mensaje cristiano representa una constante de su actividad, lo mismo en el púlpito que en los medios de comunicación. Dada su persistente proyección pastoral, es un teólogo atípico cuyo exclusivo instrumento es la palabra. Siempre dispuesto a departir y dialogar, tampoco rehúye el debate. Infatigable

conversador y entusiasta de la tertulia, en tiempos como el presente, donde prima tan insufrible garrulería audiovisual, en su arriesgado papel de francotirador contra la sinrazón de cada día, representa una rareza cultural.

Comprometido con el presente, vive inquieto, y a veces angustiado, por los avatares de indigentes y marginados; de ahí su estilo cáustico y tenaz, cuasi profético. Para el teólogo Lezaun, proclamar la verdad, después del Vaticano II, como para el profeta Ezequiel (siglo VI a. C.), es mostrarse atento a lo que ocurre dentro y alrededor de nosotros, ser capaz de leer los acontecimientos para comprenderlos, estar dispuesto al cambio, a volver a empezar de nuevo, a no resignarse ni acomodarse, a no dejarse meter en un molde, a no instalarse en la monotonía y en la repetición, a no tomar el pasado como norma única y único horizonte (Jesús María Asurmendi, *Ezequiel*).

Y como puntualiza Luis Alonso Schökel, refiriéndose también a Ezequiel, Lezaun tiende a sintetizar simplificando; de ahí que su lenguaje, pleno de lógica y solidez, concite con frecuencia contrapuestas aprobaciones y repulsas. Su discurso, desnudo de retórica, polémico y reiterativo, desborda por exceso de verdad. Sus palabras, como material ardiente de un silogismo que no cesa, se traban unas con otras en incontenible furia –su voz incisiva puede adoptar inflexiones de rugido–, en un empeño utópico por abarcar la realidad en todas sus facetas. Un obispo lo definió como hombre singular: «amable, casi tierno, en el trato directo, pero firme y acerado al opinar».

Navarro sin dolo ni artificio, mirada intensa de pensador y dilatada sonrisa, Lezaun encarna al hombre libre. Juvenil caminante, amigo sin fisuras, guía de perplejos, consultor sin horarios, sabio sin honorarios, lector impenitente, inconformista, ingenuo y testarudo, presenta el singular perfil de los claros varones. Como uno de los reseña-

dos por Hernando del Pulgar (siglo XV), es «agudo e discreto, y de tant grand coraçon, que ni las grandes cosas le alteran, ni en las peqeñas le plaze entender».

SIERRA DE ARALAR

A MEDIADOS DE JULIO CONCERTAMOS un encuentro en San Miguel de Aralar, su retiro habitual durante el verano.

Avanzada la mañana, cubierta la selva de boiras obsesivas y otoñales, tomé la senda que conduce a la cima del monte Altxueta en busca de su escondido rincón. Dejando atrás la casa forestal, caminaba despacio cuando, de pronto, sorprendida por un sol brioso, la niebla emprendió la huida. Despertó el húmedo hayedal, y en la campa soleada aparecieron los rebaños de ovejas lachas, ávidos de luz. Con las ovejas llegó el delgado soniquete de sus esquilas. Eché de menos el cotilleo de las alondras, el canto de verderones y petirrojos. Seguí ascendiendo, y poco a poco en el algún punto del monte tomó cuerpo un eco de voces juveniles. La niebla seguía pegada a las crestas. Me detuve, sin ver a nadie, hasta que al doblar un recodo, topé con un grupo de chavales en marcha por la ruta de los dólmenes; su monitor, sin apenas detenerse, me puso en el buen camino. Sigue adelante, me dijo, Jesús te está esperando.

Pero no hubo lugar: calada la boina y agitando el bastón, salió Jesús al encuentro, dando voces:

Sube un poco más; desde aquí se puede contemplar un mar blanco.

¡Oh, bosques y espesuras! –recité al llegar. El panorama era fantástico: en lugar de una selva surgió ante mis ojos un lago de algodón del que emergían, azules y luminosas, las crestas de las Malloas.

El monitor que te ha indicado el camino, pásmate, es mi hermano –puntualizó Jesús–. Conoce al dedillo el mapa de la sierra y los atajos, la posición exacta de docenas de dólmenes, lo que quieras. Es un guía con muchas horas de vuelo. Cada verano organiza con sus alumnos marchas culturales por esta zona.

¿Se puede saber qué hace un teólogo por estos andurriales a los setenta y tantos?

A los setenta y muchos.

¿Qué hace un teólogo emérito a mil trescientos metros sobre el nivel del mar?

Ser, estar y existir. Por cierto, me acaban de entregar el DNI recién renovado y he descubierto con asombro que se trata de mi último carnet. Como lo oyes. El último. En él –lo buscó entre sus papeles–, hay una nota inquietante que dice: «Validez permanente». Suena como si dijera invalidez. Lee aquí. ¿Qué broma es esta?

Una broma de realismo siniestro.

Últimamente me ocurren cosas un tanto extrañas. No hace mucho, paseando al atardecer con ligera neblina por la carretera que sube al santuario, tomé una senda que cruza por ahí cerca –señaló a la derecha–. Avancé tranqui-

lo (conozco el trayecto desde hace mucho tiempo), y de repente se cerró la niebla de tal forma que perdí por completo la orientación en una ruta que he recorrido cientos de veces. No podía creerlo. Anduve a la deriva varias horas, aturdido, sin poder distinguir si el camino subía o bajaba. Dispuesto a pasar la noche apoyado al tronco de una haya, palpé el suelo al tentón, y por la dureza del cemento deduje que me encontraba en el camino forestal. Respiré aliviado, y lo recorrí a tientas, como un invidente, hasta el final. Cuando Dios quiso, llegué a la hospedería derrengado, cerca de las once de la noche, cuando todos me buscaban alarmados.

Con frecuencia se leen en la prensa casos como el tuyo.

Pero hay más: días antes de venir a Aralar, al entrar una tarde en la estación de autobuses de Pamplona, me robaron la cartera con haberes y papeles.

Un italiano llamado Cipolla dice que los seres humanos estamos incluidos en una de estas categorías: los incautos, los inteligentes, los malvados y los estúpidos. ¿En cuál de ellas te habrían incluido los rateros que se llevaron tu monedero?

Peinando canas, con boina y bastón, me verían carroza. Sin embargo, cualquiera de nosotros puede parecer a lo largo del día uno y diverso; incauto de madrugada, inteligente a media tarde...

Tras la obligada visita al santuario de San Miguel, románico primitivo recién restaurado, nos reunimos con una docena de montañeros en el comedor familiar de la hospedería, austero refectorio monacal junto a las cocinas.

En pleno mes de julio, las lámparas seguían encendidas al buen mediodía. La comida, como corresponde al lugar, abundante y sana. El ambiente, cálido y cordial.

Ausente el capellán, presidía la mesa aquel día Jesús, sin otra función que activar la conversación o renovarla, manteniendo el clima adecuado para que, sin falsas aprensiones, cualquiera de los presentes pudiera opinar. De vacaciones nadie tiene prisa, de modo que la sobremesa, ¡oh dichosa ventura!, derivó en sabrosa y dilatada tertulia.

LA NIEBLA, PROTAGONISTA EN LA SIERRA gran parte de la mañana, volvió a media tarde, escoltando a una lluvia indecisa e impertinente que afeó la jornada. Arrumbado nuestro inicial proyecto de conversar sin tino por caminos floridos, retirados y sombreados, nos instalamos en el salón de la hospedería, a la espera de un vespertino amanecer.

Pendiente de un chequeo de rutina, Jesús parecía algo cansado; sin embargo, se hallaba pleno de facultades.

Todavía distingo desde Pamplona las antenas de Altxuetta a simple vista –comentó al verme limpiar las gafas, empañadas por la lluvia, saliendo en busca de sus papeles.

Mientras volvías de tu suite monacal, pensaba en lo poco que sabemos de tu vida personal: pueblo, familia, seminario, parroquia. Me vas a permitir indagar un poco tu pasado remoto, repasar tus orígenes. Los datos que reunamos, piezas sueltas del incompleto puzle que es la vida, ayudarán a conocerte mejor. ¿Empezamos por Arizala?

Ariz, Arizala, Arizaleta... –respondió tras guardar un momento de silencio–: «Caprichos de la toponimia nava-

rra», comentabas tú durante un recorrido que hicimos por aquella zona, haciéndome ver esas progresiones insólitas que se dan en los nombres de nuestros pueblos.

En Navarra hay unas cuantas asombrosas: Iza, Izal, Izalzu.

Arizala, en Tierra Estella, es mi pueblo; concejo y capital del valle de Yerri, en la zona centro-occidental del mismo a 540 metros de altitud. Con una población aproximada de 200 habitantes, conserva edificios del XVI, escudos del XVII y una iglesia parroquial dedicada a Santa Cecilia, de estilo gótico-renacentista, cuyo origen se remonta al XIII. Situado en una espaciosa y fértil llanura en el centro mismo del valle, es un pueblo rural, cerealista y esparraguero. Sus habitantes, gentes del campo navarro de la zona media alta, se caracterizan por su nobleza y austeridad. Viven pendientes de la inseguridad del agro. Al Ayuntamiento del valle de Yerri, cuya sede se encuentra en Arizala, pertenecen las sierras de Andía y Urbasa.

Esas sierras ¿son patrimonio de Arizala?

El titular de sierras tan emblemáticas es ahora el Gobierno de Navarra. Hasta la muerte de Franco fue la Jefatura del Estado, no el Estado como tal. Propiedad del rey de Navarra, pasaron al jefe del Estado español tras la sangrienta anexión a que fuimos sometidos por las tropas del Duque de Alba, ayudadas, como suele ocurrir en estos casos, por el conde de Lerín de turno. Durante el franquismo apareció por las sierras el marqués de Villaverde dispuesto a imponer «sus derechos» sobre esas tierras navarras, usufructuadas desde siempre, en cuanto a pastos y leña se refiere, por todos los habitantes de Navarra.

Los habitantes de la zona, junto al nombre de su localidad, añaden siempre: Tierra Estella.

Circula por allí este refrán: «Hay en el mundo dos lugares sagrados: Tierra Santa y Tierra Estella». Si preguntan a un residente de la región de dónde es, antes que nada dirá: de Tierra Estella, y después añadirá el nombre del pueblo. Arizala, como el resto del valle, sociológica, laboral, comercial y hasta recreativamente, vive en estrecha relación con Estella, ciudad; clásica merindad desaparecida hace tiempo.

Esos pueblos destacaron siempre por su religiosidad.

Arizala, hasta mi generación, fue un pueblo religioso, incluso levítico, en el que abundaban las vocaciones religiosas y sacerdotales. En la actualidad, tales especies escasean, apenas existen. Se nota un cierto aire de laicidad y alejamiento de la práctica religiosa, fenómeno similar al que se advierte en el resto de Navarra. Una vez más, la ley pendular. En Arizala perdura lo que podríamos llamar religiosidad popular, sin demasiados contenidos estrictamente cristianos; la típica religiosidad navarra, reducida con frecuencia a niveles sociológicos y costumbristas.

Quizá hemos pasado de un extremo al otro. Ojalá la situación actual resulte más abierta y liberal y menos belicosa (por aquí el clero siempre fue bastante luchador, aunque a sus guerras las llamara *cruzadas*). Aún recuerdo (lo vi con ojos de niño), cuando llevaron a todos los hombres del valle, incluido mi padre, que a la sazón tenía ocho hijos, a la guerra del 36, la gloriosa Cruzada, según declaración pacifista de la jerarquía española de entonces, y en concreto, del cardenal Gomá, Primado de Toledo, refugiado en Pamplona.

Lo de llamarse Jesús ¿no es una desmesura?

En Alemania y en otras regiones del centro de Europa ese nombre suena extraño; sin embargo, para mí ha sido algo normal, inevitable, pues mi segundo nombre es Moisés, que viene a ser lo mismo. En el Seminario, los que nos llamábamos Jesús éramos legión.

Eres el mayor de una familia numerosa.

Numerosísima. Una familia de trece hermanos de los que todavía vivimos doce. Pero no soy el mayor, sino el segundo. Un caso normal en nuestra tierra: el mayor sería para la casa y el segundo para el altar. Luego resultó que fue el tercero el que se quedó en casa. Tengo dos hermanos religiosos y una religiosa. Los demás, casados, trabajan o trabajaban, pues están jubilados. El hermano mayor y yo aventajamos a José Ramón, el más pequeño, veinticinco y veinticuatro años respectivamente, edad superior a la que nos aventajaba nuestra madre a los hijos.

Circunstancia nada habitual.

Yo estuve a punto de bautizar a José Ramón. No pude hacerlo por un retraso en su llegada. Tuve que volverme a Roma, donde entonces realizaba mis estudios. Salta a la vista que mi familia es una familia navarra al cien por cien; de las que ya no abundan. De las que ya no existen, para ser exactos.

¿Eres capaz de recitar los nombres de los doce hermanos sin vacilar?

De corrido y por orden de aparición en escena: Nemesio, Jesús, José Luis, Blanca, Miguel, Teresa, María Josefa, Antonio, María Asunción, Javier, Joaquín y José Ramón.

Tengo entendido que algunos de ellos poseen dotes de mando. ¿Es cierto?

Miguel ha desempeñado durante muchos años el cargo de administrador de la provincia escolapia de Vasconia. Teresa, el de superiora de las escolapias en Japón. Antonio, el de provincial de los escolapios y ahora director del colegio en Pamplona.

Has omitido tu cargo como rector del Seminario de Pamplona.
Un tupido velo.

En tan dilatado linaje como el vuestro debe ocultarse un interesante filón narrativo.

Algún sobrino escribirá la *Saga de los Lezaun*.

Volviendo a tu época de rector de Seminario, se decía entonces que ibas para obispo.

Habladorías. Conozco bien el tipo representativo del prelado romano. La Nunciatura Apostólica me consultó más de una vez para algunos nombramientos. El nuncio Dadaglio llegó a solicitarme que confeccionara una lista de posibles obispos para toda Euskal Herria. Se la ofrecí, consciente de que el procedimiento que practicaba el Vaticano era impropio. Quién era yo para dar un juicio personal sobre un candidato a obispo. Hoy, por supuesto, no respondería a tal requisitoria. De las preguntas formuladas en relación al posible candidato, se deducía el tipo de obispo que preferían en Roma. Me sorprendió la importancia que daban a sus dotes de buen administrador. Otro capítulo esencial era su ortodoxia.

Salta a la vista que ninguna de esas dos facetas destacan en un currículum como el mío. Mi tendencia al análisis y a la búsqueda de nuevos derroteros en teología nunca fue-

ron las mejores credenciales para aspirar a una mitra. Obviamente, no daba yo, ya entonces, el perfil ideal del obispo romano. En cierta ocasión, un amigo me preguntó: «De haber llegado a obispo, ¿pensarías como piensas ahora?». «Imagínate –le respondí– que yo fuera cardenal de la Curia Romana; pensaría justamente lo contrario».

Debe de ser complicada la selección del personal.

Mi conclusión es la siguiente: Roma se equivoca con frecuencia en cuestiones diversas, pero apenas se equivoca en la elección de los obispos; en ello le va el poder. ¿Se iban a equivocar conmigo, haciéndome obispo?

Se comentó que el papa Juan Pablo II sembró la Iglesia de prelados «más devotos, obedientes y ortodoxos que inteligentes y dialogantes». Y que, de los curas navarros con notable preparación (intelectual, teológica y pastoral) para el episcopado: Santos Beguiristáin, Jesús Lezaun y Casiano Floristán, ninguno de ellos fue nombrado para ese ministerio.

Esos cálculos me desbordan.

¿Cómo eras en el Seminario?

Cuentan las crónicas que era ejemplar, piadoso, observante y trabajador. En mi dilatada y azarosa historia **podrían** descubrirse facetas de mi personalidad insospechadas; por ejemplo, en la etapa de seminarista dediqué algún tiempo al desarrollo de la «teología del obispo».

Hablemos un poco de tu experiencia romana.

Mi etapa coincidió con el pontificado de Pío XII, años 1947 a 1952. Llegué a asimilar con entusiasmo y pasión los valores romanos al uso. No conocí personalmente a Juan XXIII, ni a Pablo VI, entonces sustituto de la Secretaría de Estado del Vaticano. Tampoco pude asistir al Concilio Vati-

cano II, convocatoria en la que nadie pensaba y que incluso se consideraba superflua. Sin percibirse necesidad alguna de cambio, ni de una reflexión colectiva y abierta de la Iglesia sobre la realidad del mundo, no entraba en los cálculos de nadie la posibilidad de un concilio. Hasta tal punto estaba asentada la autoridad del Papa y la de Roma. Se afirmaba, explícitamente, que habiendo llegado la Iglesia a asentar a la perfección la autoridad del Papa, no sería ya necesario un Concilio.

Pese a todo el Concilio tuvo lugar.

Nada se movió hasta que irrumpió el huracán de Juan XXII convocando el Vaticano II, que representó un cambio sustancial; el principio de una profunda renovación eclesial apropiada a los nuevos tiempos. Con la llegada de Juan Pablo II, todo se vino abajo, nos vimos abocados a un desaliento en el que todavía permanecemos. Parece como si el Vaticano II no hubiera tenido lugar.

¿Qué descubriste en esa Roma de la posguerra?

Consideré un privilegio vivir en Roma en la década de los cuarenta. Allí descubrí, entre otras cosas, la vitalidad de la teología centroeuropea, la política de partidos (viviendo el agitado ambiente de las primeras elecciones legislativas después de la Constituyente), la figura de De Gasperi, hechura del Vaticano, donde había trabajado como bibliotecario en los años del régimen de Mussolini, la fuerza del Partido Comunista de Togliatti. Todo esto forma parte de mi compleja y contradictoria trayectoria personal.

El comunismo estuvo entonces a punto de llegar al poder.

Efectivamente. En los años cincuenta, los suburbios de Roma, proletarios, votaban masivamente al Partido Comunista. La Iglesia no actuó de modo imparcial frente a ese

riesgo, sino que intervino de modo directo, sancionando a los cristianos con la excomunión en caso de votar a dicho partido. Los que estudiando en Roma colaborábamos los fines de semana en parroquias de la periferia romana, nos vimos de pronto frente a un problema insoluble: muchas mujeres cristianas, esposas de trabajadores, se culpabilizaban de haber votado al Partido Comunista, extremo sancionado entonces con la excomunión. ¿Qué podían hacer aquellas mujeres, imbuidas a veces de supersticiones, frente a los planteamientos que hacía la Iglesia italiana y el Vaticano sobre dicha cuestión? Nosotros, jóvenes y extranjeros, viviendo al margen del problema, optamos por no asistir a ninguna parroquia del extrarradio durante varios meses después de las elecciones, para que en lo sucesivo fueran los italianos quienes afrontaran el problema que ellos mismos habían creado con la imposición vaticana.

¿Cuál fue el tema de tu tesis doctoral?

La esperanza. Ese tema, para mí interesante en aquel entonces, no quedó desarrollado como hubiera deseado, entre otras razones porque eran tiempos de extremada pobreza ideológica y yo demasiado joven. Después no le dediqué tiempo y reflexión suficientes. La esperanza, tal como va el mundo, para mí ha perdido virtualidad: ¿hay razones para la esperanza?, ¿damos razones para ella?, ¿no entraña contrasentido el esperar?, ¿hay que esperar con San Pablo contra toda esperanza? Estos interrogantes continúan siendo objeto de mi preocupación y me cuestionan seriamente.

A propósito de tesis: ¿recuerdas el tema de la tesis que defendiste en las oposiciones a canónigo?

Uno de los ejercicios de esas oposiciones consistía en la defensa de una tesis que se elegía abriendo al azar el

Maestro de las Sentencias de Pedro Lombardo. Me correspondió un tema que hoy suena a ficción: «Qué habría pasado si el hombre no hubiera pecado». También son ganas de rizar el rizo. Claro que para ejercer de canónigo... En círculos volterianos sostenían que Jesucristo fundó el gremio de los canónigos cuando dijo a sus discípulos aquello de: «Venid y descansad un poco».

Nada se sabe de tu época de párroco.

Al volver de Roma, antes de iniciar mi larga etapa de profesor, fui nombrado párroco, función que desempeñé tres años en el pueblecito de Mues. Con mis aires de apóstol, daría la estampa de un párroco navarro de la época: celoso, autoritario, intransigente... Como muestra de ese estilo podrían figurar mis sermones y los criterios que mantenía, sobre todo cuando predicaba en ocasiones solemnes como las fiestas patronales. No entraré en detalles. De insistir en ello podría incurrir en algún tipo de masoquismo.

¿Cómo veías el mundo desde Mues?

¿Cómo podía verlo con mi formación eclesial, **ac**endrada piedad, celo apostólico y maniqueísmo en que había sido educado? Para un cura navarro de entonces, el mundo se hallaba bajo el influjo del diablo; había que **arr**ancarlo de sus garras y conquistarlo para Cristo por todos los medios. Éramos sus salvadores. Si me exigieran indemnización todos a quienes acosé con juvenil **celo**, **a** quienes de algún modo torturé su conciencia, me tendría que declarar insolvente. En aquel tiempo, un párroco ejercía notable influencia sobre la gente. Yo también. Por eso mantuve a veces ciertas tensiones con la autoridad del lugar para demostrar quién tenía que imponerse a quién.

Algo semejante a lo que reflejaban las películas de Don Camilo y Peppone.

Aquellas películas con argumento de Guareschi se basaban en la rivalidad permanente entre un párroco demócrata cristiano y un alcalde comunista. ¿Te reconocían en el cura que encarnaba Fernandel?

Conocí en Roma el tándem Don Camilo-Peppone. Asistí en el Vaticano a una proyección de *Don Camilo*. El Peppone que me tocó en suerte no era tan inteligente como el de Guareschi. Por otra parte, mi público no hubiera captado paralelismo alguno entre el film y la realidad: apenas acudía al cine y las circunstancias políticas y culturales de Italia nada tenían en común con las nuestras.

Tu etapa como rector del Seminario representa en cierto modo la transición entre dos épocas marcadamente distintas.

Mi etapa de rector tras el Vaticano II representó un período de transición entre un pasado, acabado y caduco, del seminario tridentino y un futuro esperanzador que despuntaba por obra y gracia del reciente concilio. Desgraciadamente, el proyecto no llegó a cuajar.

¿Por culpa de qué o de quién?

El arzobispo de Pamplona, don Enrique Delgado Gómez, y sus colaboradores no entendieron lo que representaba el Concilio, ni lo aceptaron; se resistían a iniciar un cambio. Me lo confirmó el arzobispo Maximino Romero de Lema, quien tomó parte en el Vaticano II. Quienes me nombraron para el cargo de rector se equivocaron de plano; yo no era el hombre que buscaban. Sin embargo, el prelado no podía dar marcha atrás a mi nombramiento sin escándalo. Mientras permanecí al frente del Seminario, no faltaron sufrimientos e incomprensiones; pese a todo, me

esforcé en la tarea iniciada con dedicación y lealtad, lealtad que no incluía la sumisión a una mente como la de monseñor Delgado Gómez, estrechamente ligado a los cardenales romanos Ottaviani y Antoniutti, tan distantes del espíritu del Vaticano II.

Mi equipo y yo nos arriesgamos con ilusión en una empresa que quedó abortada, ya que me destituyeron de forma violenta. ¿Cómo podíamos encajar en el marco de los proyectos del prelado, siendo, sin él sospecharlo, su polo opuesto?

¿Qué saldo te dejó tu etapa de rector?

Aun llena de sorpresas desagradables, la experiencia mereció la pena. Me ayudó a conocer la complejidad de la vida, a descubrir los entresijos de la institución eclesiástica, como no lo hubiera logrado al margen de esa responsabilidad. En cuanto al equipo humano responsable de la recién iniciada renovación, nadie lamentó haberla intentado con el entusiasmo juvenil que lo hicimos. Con la perspectiva que permite el paso del tiempo, me reitero en que aquellos fueron tiempos gloriosos.

La historia continúa.

La nuestra, al menos, a paso de tortuga. Eclesiásticos de relieve anclados en el más puro constantinismo, incapaces de afrontar el reto de la modernidad, se abandonaron a la nostalgia de un pasado imposible e irrecuperable, y trataron de frenar el renovado estilo del Seminario, poniendo toda clase de obstáculos. Sus pretendidos ideólogos, inhábiles para diseñar algo nuevo y original, sin documentarse sobre la compleja realidad del centro consultando al equipo responsable, se limitaron a opinar sobre el movimiento renovador, improvisando sin veracidad ni objetividad.

Cambiamos de tercio. Quiero formularte una opinión relacionada con tu personalidad. Para algunos, dadas tus supuestas contradicciones, el tuyo es un caso de doble personalidad.

No se trata de una peculiaridad exclusivamente mía. Aparte de lo que uno es por naturaleza, el hecho de vivir situaciones diversas y contrapuestas determina al individuo, forjando su personalidad. ¿Tenemos o padecemos más de una personalidad? Esa es la cuestión. Lo ignoro, como ignoro si la doble personalidad representa un potencial creativo o destructivo. Nunca valoré mis contradicciones como algo negativo; aunque es innegable que a veces me torturan. ¿Quién no se contradice una y mil veces?

Para los deconstructivos no hay sujeto que valga: cada individuo está compuesto por una multiplicidad de «yoes», abundante como las múltiples lecturas de un texto. El sujeto, como el texto, es aporético e insignificante.

Y, sobre todo, complejo. En mi caso, soy mil cosas a un tiempo, y ninguna plenamente. Ser múltiple implica ser variable, que no es lo mismo que inestable. En cierta ocasión unos alumnos me comentaron: «el curso pasado exponías ideas distintas a las que expresas el día de hoy». «Naturalmente –les respondí– y espero que no os sorprendáis si el año próximo expongo lo contrario». Al otro extremo, algunos me censuran, señalándome como persona que muestra excesiva seguridad. Si armonizara mis **contradicciones**, lograría quizá un sosiego del que carezco; viviría más tranquilo, aunque, probablemente, mi existencia sería más pobre y menos cristiana. Cualquiera que se contemple con un mínimo de objetividad, descubrirá sin demasiado esfuerzo su permanente contradicción.

Sin incurrir en la torpeza de pedirte una definición personal (definir es desconfiar, que decía Benet), más allá del estereotipo de progresista o iconoclasta en el que suelen encasillarte, ¿qué rasgos destacarías de tu personalidad?

Sobre todo el inconformismo y un espíritu crítico radical que me impulsa a avanzar, a buscar lo nuevo, a no conformarme jamás con lo establecido. Apasionado y a nada indiferente, todo me afecta. No soporto a los indiferentes, a la gente a la que todo le da igual. Me hallo en las antípodas de quienes se creen sensatos y realistas, ponderados y equilibrados, siendo solo calculadores y egoístas. Quizá ofrezco la imagen de un sujeto masoquista, con autoestima rayana en la soberbia; en cualquier caso, no frecuento siquiatras ni directores espirituales (aunque a veces, impotente frente al caos, me planteo hacerlo), no sea que me alienen, conformándome a su pensamiento y dimensión.

El inconformismo y radical espíritu crítico que trasmite tu discurso, con su acento reiterativo y corrosivo lenguaje, para un sector de la opinión proceden de un profundo pesimismo.

Mi inconformismo y espíritu crítico proceden de una sensibilidad muy acusada. Me inquietan demasiadas cosas. Sobre todo el problema del mal en el mundo. La perversidad humana, además de provocarme angustia, me impulsa de continuo a tomar postura en favor de los que siempre pierden; los pobres y los débiles. De ser pesimista, permanecería callado, ya que el pesimista es demasiado prudente, no se moja; posee una visión negativa del futuro. Si en determinados temas mi voz disuena (reacción frecuente a la hora de interpretar la realidad), es por contraste con el conformismo burocrático y optimismo oficial (la idea es de Caro Baroja). En relación a mi discurso personal, la cuestión no radica en si mi actitud es pesimista o no, sino en determinar el grado de verdad que encierran mis palabras.

Pesimista o no, nunca me rindo a la ligera; procuro luchar y renacer de mis propios pesimismo.

No es habitual que un teólogo cite autores como Samuel Beckett. Al preguntarte un periodista si te arrepientes de algo de cuanto has hecho en la vida, respondiste: «No es cosa de andar por ahí diciendo me arrepiento de esto o de lo otro; como no sea que me arrepienta de haber nacido».

Con esas palabras encabezó la entrevista el reportero. Le bastó mi escueta alusión al diálogo entre Estragón y Vladimiro para destacarla como si la frase condensara lo esencial de mi pensamiento. Desde su perspectiva, confiaba que titular tan llamativo no pasaría desapercibido. Se armó la marimorena: el señor obispo me envió una carta, diciendo que me veía muy doliente, haciendo hincapié en que en la vida, aunque haya cosas malas, hay también muchas buenas. Si fuéramos a replicar cuantas cosas nos atribuyen los demás...

Tres siglos antes que Beckett, Calderón decía por boca de Segismundo: «Pues el delito mayor / del hombre es haber nacido». Todavía suena esa voz por los escenarios, y a nadie escandaliza.

La gente no lee a Calderón ni acepta ese lenguaje. Hoy, todo lo más, se invoca la necesidad de mantenerse en equilibrio como el perfecto creyente. El equilibrio es bueno, si no se practica como simple coartada para eludir el compromiso, la acción o la protesta.

Al concluir tu etapa como rector del Seminario, cambiaste de rumbo; abandonando lo que se llamaba una carrera, apostaste por los pobres, entrando en una vía muerta, donde continúas.

Soy un perdedor nato; lo digo sin énfasis alguno. Me atraen las causas perdidas. Perdí muchas batallas. No obstante, seguiré luchando con entusiasmo, siempre en el

mismo bando, el de los pobres. Y como los pobres siempre pierden, alinearse con ellos equivale a opositar a la derrota permanente.

Este mundo, aunque hay tantas personas maravillosas, tantas cosas buenas, *positus est in maligno*. Y aun reconociendo que la Iglesia me ha hecho ser lo que soy, también dentro de ella me considero un perdedor. Lo de la Iglesia, en sí misma, me interesa cada vez menos; siento más atracción por cuanto ella hace en el mundo; cuanto acontece a los hombres, sobre todo a los más pobres. Por otra parte, no tengo demasiada confianza en que vaya a cambiar el actual estado de cosas en el mundo ni en la Iglesia.

Un amigo común sostenía que la gente decente carece de biografía. Me pregunto cómo logras sobrevivir a los repetidos naufragios de tus sucesivas utopías.

Parodiando al Astete, diré: eso no me lo preguntéis a mí; rumores corren que os pueden sorprender. Como abogado de causas perdidas, padezco una insatisfacción constante ¿manía, megalomanía? una mezcla de ansiedad y perfeccionismo que me ayuda a sentirme realizado. Tampoco estoy plenamente cierto de esto. En el fondo, esta cuestión carece de importancia. No faltará quien me juzgue por ello inmaduro. Tampoco es probable que a estas alturas del curso uno vaya a madurar demasiado.

Quienes te conocen de cerca, te consideran ingenuo y bonachón.

No me consideran, me tachan.

Aunque suene a tópico, ¿qué es la felicidad para un hombre inconformista y crítico, con sambenito de pesimista?

Los sicoanalistas dicen más o menos que la felicidad consiste en sentirse alegre, sin ansiedad, en estado de equi-

librio, pronto a interpretar los sucesos de la vida cotidiana, y todo eso de modo positivo. Ahí es nada.

Aristóteles, Séneca, San Agustín, todos los filósofos opinaron sobre la felicidad.

Pero no lo hacían cada tarde. Hoy se habla y se opina sobre la felicidad hasta en el telediario de las tres. Parece una obsesión de gente desocupada. Algunos incluso identifican lo religioso con la felicidad. Sinceramente, el tema no me roba el sueño ni me preocupa demasiado; hay cosas más urgentes. Para los griegos, vivir bien y obrar bien es lo mismo que ser feliz. No es mala fórmula. Los clásicos dijeron cuanto hay que saber.

Concluye el siglo XX con sus dos guerras mundiales, el holocausto judío, la bomba atómica, y también con avances técnico-científicos sin precedentes. Desde una perspectiva cristiana, ¿qué dos acontecimientos destacarías en este siglo?

Sin lugar a duda la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) y el Concilio Vaticano II (1962).

El Vaticano II, según las líneas trazadas por Juan XXIII, pretendía ser un concilio pastoral y no dogmático, abierto a las otras confesiones religiosas y buscar la paz entre los pueblos. Aquel Papa sólo condenaba a los que llamó «profetas de la desventura», los pesimistas. Dijo que la Iglesia quería ir al encuentro del mundo, pero no condenando, sino presentando la validez del mensaje salvador de Jesús para nuestro tiempo.

El Dios de Jesús

La nueva cultura religiosa, dejando de lado un Dios infinito que el ser humano no puede abarcar con su mente limitada, ni la ciencia puede describir, se interesa más por el Dios vivo que habita en nosotros.

Los cristianos no tenemos otro Dios que el Dios de Jesús, su padre y nuestro padre. La teología actual insiste menos en la idea del Dios Uno y Trino y se esfuerza por definir el Dios de Jesús, el Dios cristiano. La metafísica sobre Dios, tan desarrollada y valorada, posee escasa entidad; es pura disquisición humana que distorsiona y tergiversa su verdadera imagen. Por otra parte, si tributamos culto a otras imágenes, incurrimos en idolatría; somos idólatras de la imagen que tenemos de Dios, imagen que nos aparta de Él, carente de la vitalidad que poseía la imagen del Dios presente en la persona de Jesús.

Al hablar de Dios, los teólogos utilizáis términos como: «el Dios judío», «el Dios metafísico», «el Dios cristiano».

El Dios judío es el Dios del Antiguo Testamento: altísimo, eterno, santo, grande, celoso, guerrero, incluso vengati-

vo. Cuando hablamos de un Dios metafísico, nos referimos a un Dios conceptualizado en exceso, el Dios de los dogmas al que suele referirse el magisterio de la Iglesia, y al que da tanto valor. El Dios cristiano, es el Dios de Jesucristo, su Padre y nuestro Padre, el Dios de la fraternidad, de la liberación, el Dios de los pobres, el Dios de la misericordia y de la libertad. El Dios salvador en el sentido más literal, universal de la palabra.

¿Cómo exponer la imagen de ese Dios de Jesús?

El Dios de Jesús de Nazaret nada tiene que ver con el Dios de los filósofos; es un Dios padre. Un Dios Salvador que se acerca al hombre para hacerlo más humano; un Dios capaz de liberar al hombre de sus limitaciones y miserias, opuesto al Dios distante, justiciero y amenazador del Antiguo Testamento. Un Dios de vida: «He venido para que tengan vida y la tengan abundante», al que hay que buscar constantemente. Un Dios cuya imagen nunca quedará plenamente diseñada.

Por otra parte, como cada creyente dispone de su propia imagen y vivencia de Dios (por más que pretendamos objetivar el fenómeno religioso, transformándolo en comunitario), afirmar que la imagen de Dios está ya acabada y tratar de presentarla como única y definitiva para todos, es un modo de falsear cuanto de Dios se diga. Esa imagen solo, en el menor de los casos, servirá para quien sostenga tal afirmación; o quizá para defender determinados intereses.

¿Insinúas que ha habido exceso de teología?

Nuestras especulaciones, pura palabrería sobre Dios, no nos acercan a Dios ni producen en nosotros vivencias religiosas cristianas; por una razón: Dios no es un objeto susceptible de ser analizado por el bisturí de nuestra

mente. A Dios no lo ha visto nadie. Dios es para nosotros un misterio inalcanzable, inefable. En Jesús se nos ha revelado, no algo sobre Dios, sino su designio salvífico sobre nosotros.

¿Cuál ha sido tu itinerario teológico durante tus largos años de docencia?

He tratado de seguir el camino de los que buscan, el itinerario de los que dudan. Partiendo de Santo Tomás, recorrí un largo trayecto cuyo último tramo es la búsqueda constante. El tomismo fue el ámbito en el que se desarrollaron las especulaciones teológicas, incluidas las nuestras, durante mucho tiempo; un tomismo más o menos auténtico u ortodoxo, al margen de la teología que se hacía por Europa. El Concilio Vaticano II trató de abrir compuertas (Juan XXIII convocó el Concilio para acabar con el tinglado, para poner en circulación aires de renovación), pero al hacerlo, más de un pusilánime se resfrió. Ahora nos encontramos en búsqueda constante, relativizando cuanto aprendimos en el pasado y cuanto vamos descubriendo día a día.

Insistes en la importancia de la búsqueda como si se tratara de una meta.

Insisto en la necesidad de la búsqueda constante, y lo hago de modo consciente, sin eludir el compromiso personal. Si utilizo el término «búsqueda», es por evitar el término «investigación». Pienso que para expresar con claridad la idea de renovación teológica, resulta más adecuada la palabra «búsqueda» que el término «investigación», asociado a la idea de vivisección de objetos al alcance de la mano o la mente.

¿Se puede diseñar esa nueva teología?

Cualquier búsqueda entraña dificultades y riesgos; sin embargo, en ello reside su aliciente. No es fácil encontrar esa renovada o nueva teología; pero puede intentarse otra más viva, en el sentido etimológico del término. Dicho de otro modo: una teología más provisional y relativa, adaptada a la cultura del momento y del lugar, de la situación y de las circunstancias; tan variada como la misma cultura. La teología cristiana, a tono con la misión evangelizadora de Jesús, debería estar siempre al servicio de los pobres y de su liberación. Por el contrario, una teología oficial, metafísica en exceso y conceptual, será una teología ajena por completo a la persona y doctrina del Maestro.

¿Qué insinúas con la expresión «teología oficial»?

Intento dejar claro que para la Iglesia en teología ya está todo dicho (lo dicho es cuanto ella enseña, de acuerdo con la misión que ella se atribuye). Quiero señalar que la teología podría ser más sencilla y humilde en sus contenidos y formas expresivas; debería mostrarse sobria, sin pretender saberlo todo, dictaminando sobre cualquier materia, mostrando como definitivas las formas expresivas de un momento concreto, siendo todas cambiables. ¿Qué sabemos nosotros, en definitiva, sobre Dios, aunque digamos tener una revelación de Él? A Dios no lo ha visto nadie. Lo que llaman «revelación de Dios en Jesucristo» es algo distinto de un saber sobre lo infinito. Al misterio de Dios, más que tratar de escudriñarlo, lo que sería blasfemo, hay que tratar de hacerlo vivencia, con discreción y humildad. El teólogo, como el maestro de revelación cristiana, no es más que un diletante sobre algo que en el fondo ignora por completo.

¿Tu postura personal frente a tan compleja situación?

Me considero un ser libre en el pensar, aunque apenas pueda ejercer mi libertad de pensamiento, como no sea en el interior de mí mismo. Como tantos otros teólogos, me encuentro en una zona distante y distinta de la absoluta seguridad, se exprese en uno u otro sistema teológico.

Por el modo de presentar el tema de Dios al hombre actual, parece como si la teología no hubiera logrado superar ni siquiera sus problemas de lenguaje.

No es fácil hablar de Dios. Cualquier lenguaje humano sobre la divinidad es analógico, a veces equívoco, pues Dios, por definición, es un ser inefable. Con Santo Tomás, podríamos decir: El mejor conocimiento que podemos tener de Dios es saber que no lo conocemos. La dificultad aumenta si se tienen en cuenta las frustraciones del hombre por culpa de las deformadas imágenes de Dios con que religiones e iglesias lo han presentado a lo largo de los siglos. Existe la teología «apofática», a la que, por cierto, nadie atiende. Todo el mundo cree saberlo todo sobre Dios.

Al hablar de Dios al hombre de hoy, se ha de tener presente que cuanto digamos tiene escasa credibilidad si se carece de vivencia o experiencia religiosa personal, vivencia que se ha de transmitir al que escucha. La voz del predicador que no posea una vivencia personal de Dios, sonará, dice la Biblia, como metal, como tañido de campana. Jesús, al enviar a los discípulos a predicar, les dijo: «Que vean vuestras buenas obras y así glorificarán a vuestro Padre que está en los cielos». Eso, para algunos predicadores, es música celestial.

Según Tony de Mello, el mejor teólogo es el que sabe explicar la teología de un modo vital, sin conceptos; como hacía Jesús con las parábolas y con sus hechos.

Jesús, para hablar de Dios a las gentes utilizó muchas referencias, a veces contradictorias (señal evidente de que necesitaba de todas ellas, por ser algunas parciales y otras relativas). Por eso habrá que revisar constantemente cuanto se diga de Dios. Pretender que ya se posee un contenido invariable de la revelación, sirviéndose de un lenguaje invariable, es pretencioso e inexacto. Es tarea urgente renovar el lenguaje que haga posible la trasmisión de la imagen auténtica del Dios de Jesús.

¿Cómo debería ser ese lenguaje?

Un lenguaje evocador, sugerente, simbólico, poético. En un mundo como el nuestro, saturado de palabras, sería saludable dejar de hablar durante algún tiempo; de ese modo podría depurarse la imagen que con nuestra palabrería hemos dado de Él. La charlatanería y la improvisación sobre el tema de Dios, y en general sobre lo religioso, resulta insufrible.

¿La teología que hoy se hace está a la altura de ese lenguaje?

Hoy en día se publican libros de teología carentes del más elemental rigor intelectual, en los que el término «teología» se utiliza inadecuadamente en el título y en sus contenidos; teología de esto, de lo otro; teología de la nada. Por otra parte, se fomenta el cultivo de una teología oficial. La llamada «teología de la liberación», por ejemplo, no interesa por las implicaciones y consecuencias religiosas que conlleva.

Al parecer no corren vientos favorables para la búsqueda de una teología rigurosa y renovada.

En las últimas décadas son numerosos los teólogos investigados por apartarse de la doctrina oficial. Entre nosotros destacan José María Castillo, Juan Antonio Estrada, Marciano Vidal, Juan Masiá, y Juan José Tamayo. Los teólogos de la liberación, con Leonardo Boff, Jon Sobrino, los hermanos Ernesto y Fernando Cardenal. Los teólogos europeos Hans Küng, Jacques Dupuis, Edward Schillebeeckx. El indio Toni de Mello, etc.

¿Sabes que se ha publicado incluso *Psicología de la liberación*?

¿Por qué no? También la sicología tiene que ver con la liberación del hombre, en cualquier esfera que se sitúe, incluida, por supuesto, lo que técnicamente se llama «teología de la liberación». Jon Sobrino insistía en la necesidad de elaborar incluso una sanidad y hasta un urbanismo de la liberación.

Trataba de provocarte. ¿Qué clase de teología lees?

Recientemente estudié un par de textos muy extensos, en cierto modo antagónicos, pese a sus títulos e idéntico número de páginas: *La entraña del cristianismo* y *Cristianismo*, de González de Cardedal y Hans Küng, respectivamente.

La entraña del cristianismo de Cardedal, obra que tuvo una presentación cuasi oficial en la Diócesis de Pamplona, airea determinados autores, silenciando a otros, lo que, si no entraña discriminación, denota al menos clara parcialidad, práctica habitual en la Iglesia oficial. Aunque el libro sorprende por la contundencia de sus afirmaciones, no aporta novedades para el hombre de hoy. Representa un caso más de teología oficial, pese a su empaque científico, especie de teología clónica (gran parte de esa clase de teo-

logía lo parece): se hacen afirmaciones que a lo largo del texto se repiten y reproducen, siempre idénticas a sí mismas, todo se prueba por sí mismo; de ahí mi denominación de «clónica». Esa teología «clásica», que todavía tratan de imponer, representa un freno, por no decir una intoxicación; resulta escasamente aceptable para el hombre actual.

Cristianismo, de Hans Küng, análisis completo del cristianismo a lo largo de su historia, es un trabajo analítico, riguroso, interesante, vivo, crítico, integrador y ecuménico. Hans Küng, en el campo de la investigación teológica, representa al teólogo libre y creativo, cuyas obras provocan en algunos un rechazo frontal, pese a no pertenecer a los teólogos de la teología de la liberación.

Roger Garaudy, en su tiempo de militancia atea, sostenía que ateos y creyentes se plantean idénticas preguntas, de dónde vengo, etc. «El marxista ateo y crítico –decía–, no cree posible darles respuesta: la sed no indica la existencia del agua, mientras el creyente, por su talante dogmático, se cree autorizado a darlas».

El hombre no es capaz de prescindir de las últimas preguntas en las que surge el tema de Dios. Evitarlas equivale a chapotear por la superficie del problema. Aunque por una u otra razón prescinda algún tiempo del tema de Dios, no lo hará de forma definitiva. En cuanto a las respuestas que se den al tema, pueden incurrir en dogmatismos, por entender que la respuesta ha de ser una, pudiendo ser varias, si se tiene en cuenta lo cambiante de las circunstancias de tiempo y culturas en que se formule. Incluso cabe, como posibilidad, la respuesta de la no respuesta o la del rechazo de cualquiera de ellas. Sin embargo, la no respuesta a una de las llamadas últimas preguntas carece de coherencia.

La posición de Garaudy no me parece correcta: si hay preguntas, debe ser posible alguna respuesta; de lo contrario, acaba por dejar de formularse la pregunta. La sed indica la existencia del agua, pues si esta no existiera, una de dos, o el hombre habría encajado esa carencia para no morir de sed y, por lo tanto, ya no la padecería, o ya se habría muerto, en cuyo caso tampoco sentiría sed. La sed no dice dónde se encuentra la fuente ni de qué naturaleza es el agua que de ella mana, por lo que el planteamiento de Garaudy no parece lógico. Pero la sed, en pura lógica, señala la existencia de alguna fuente.

El agnosticismo actual formula sus dudas con crudeza. Ignacio Sotelo lo expresa así: «El creyente me habla del misterio insondable de Dios y me invita a no pretender comprenderle; yo en cambio, desde niño me he dicho, si Dios de verdad existiera, no podría pasar inadvertido, de alguna forma se notaría». La cuestión es que en el pasado todos notaban su presencia, y hoy cada vez son menos los que la perciben.

Dios, si existe, puntualiza el teólogo González Faus, no podrá notarse como un objeto más. Sólo se mostrará como una pregunta, como una necesidad, como una manifestación quizás. La cuestión decisiva es ¿cómo se notaría Dios? Dios sólo «se insinúa» en nuestra realidad. Si se dejara ver ya no sería Dios. Si se evidenciara, nos apabullaría; algo así como si el Sol se acercara al alcance de la Tierra. Los cristianos creemos que si Dios «se dejara sentir» en el sentido de una presencia evidente o indudable, nos deslumbraría, y esta historia nuestra concreta de libertad y crecimiento se volvería imposible.

Para un creyente resulta paradójico constatar que muchos hombres se hayan visto en la necesidad de negar a Dios para afirmar al hombre.

Es chocante que el hombre moderno, profesándose ateo, haya negado al Dios cristiano, para afirmarse a sí mismo, cuando el Dios cristiano, hecho hombre, es la mejor y más robusta afirmación de lo humano. El fenómeno tuvo lugar en ambientes de cultura cristiana, y fue provocado por los cristianos, quienes, al optar por un Dios abstracto y metafísico, trataron de imponerlo a los hombres. Que ese fenómeno se hubiera dado en otra religión hubiera sido en cierto modo explicable, pero no en el seno del cristianismo. Si algo caracteriza al cristianismo es su creencia en un Dios hecho hombre que ha recorrido la aventura humana hasta el final.

¿Cómo pudo el hombre moderno rechazar a Dios por afirmarse a sí mismo?

El hombre moderno, contagiado de cierto espíritu prometeico, rechazó a Dios, porque el Dios cristiano que le presentaban e imponían, siendo un Dios que enaltece la dignidad humana y potencia su libertad, absorbía o limitaba al hombre, y le restaba posibilidades.

¿Hay posibilidad de acabar con ese divorcio?

Para superar ese distanciamiento entre el hombre moderno y Dios, tendrían que cambiar no pocas doctrinas y posturas del cristianismo, pues todavía existen rescoldos de abierta negación del hombre en aras de la defensa de un Dios que no se corresponde con el hecho de la Encarnación y la unión hipostática entre lo humano y lo divino. Cualquier teoría sobre Dios que no se corresponda con la realidad de la Encarnación no es cristiana; es radicalmente falsa. El cristianismo debe ser pionero en valorar al hom-

bre, pues, al hacerlo, valora y exalta a Jesús de Nazaret, elemento esencial de su fe.

Jesús, hablando del Padre como punto esencial de su fe, dijo: «Nadie se acerca al Padre sino por mí»; Felipe se atrevió a decir: «Señor, preséntanos al Padre, con eso nos basta». Jesús le replicó: «Felipe, con tanto tiempo como llevo con vosotros, ¿todavía no me conoces? Quien me ve a mí está viendo al Padre».

¿Dónde radica el principal problema para el cristiano actual?

Para el cristiano de hoy, el problema no es el ateísmo, el agnosticismo ni la secularización. El problema principal de nuestra sociedad contemporánea es la idolatría, la adoración de dioses falsos, práctica en la que inciden no pocos cristianos, para quienes su dios es un ídolo que les han impuesto, o que ellos mismos se han forjado, distinto del Dios revelado por Jesucristo. El auténtico cristiano ha de ser fiel al Dios revelado por Jesús, y a lo que Él nos enseñó. Por lo tanto, nuestro problema religioso no es la secularización, como insisten los obispos, sino el falso Dios que reflejan la Iglesia y los cristianos.

A partir del hecho de la Encarnación, la humanidad de Jesús es el camino de acceso a Dios. Lo humano entra ya en la definición de Dios, forma parte de su realidad. Lo humano y lo divino, conceptualmente, han de distinguirse, pero están unidos para siempre y no se podrán separar. En cuanto al tema de Dios, me atrevo a concluir que, cualquier Dios no es mejor que ningún Dios.

¿Existe un Dios cristiano?

Rotundamente, sí. Aunque, en cierto sentido, las religiones desarrolladas son iguales, puesto que todas creen y adoran al mismo Dios (cada una responde a una determinada cultura, por lo que merece el máximo respeto, y resal-

ta algún aspecto de la infinita realidad de Dios, donde reside lo propio y específico de ella), el Dios cristiano es un Dios específicamente distinto.

¿Cómo expresar los rasgos propios de ese Dios?

Para un teólogo del siglo actual, el Dios cristiano es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y actúa en nosotros a través del Espíritu Santo. Dios realiza la salvación por Jesús en el Espíritu.

Para otros, en cambio, el dogma de la Trinidad, misterio central del cristianismo, representa la auténtica expresión del Dios cristiano. Sin embargo, teniendo en cuenta que el término «Trinidad» se adopta en el siglo III y su formulación clásica en el siglo IV, es evidente que se trata de pura especulación helenística, ajena a la Biblia.

¿En qué difieren estas dos expresiones?

La expresión «Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo» es más viva y dinámica. El Dios que nos propone Jesús es un Padre que, con su efectiva providencia, conoce nuestras necesidades antes de que le pidamos ayuda, conoce cuanto ocurre en el mundo, cuida de los pájaros, de los cabellos de nuestra cabeza, etc. Jesús presenta a Dios como padre del hijo perdido. El Dios Padre de Jesús se pone de parte de los débiles, de los enfermos, los pobres, los marginados. Nos relaciona con Jesús de Nazaret, nos mete de lleno en la salvación efectiva, que realizó en Cristo Jesús y que a diario el Espíritu del Padre aviva y alienta en nosotros. El hombre actual, libre de planteamientos conceptuales, comprende mejor esta expresión porque le facilita el acceso al Dios vivo.

La expresión «Dios Uno y Trino» nos lleva al terreno abstracto de la metafísica, hoy superada; encierra dificultades y galimatías conceptuales para el hombre contempo-

ráneo: ¿cómo comprender a Dios mediante un concepto?, ¿cómo expresarlo mediante un enunciado o una definición? Dios trasciende todos los conceptos, enunciados y definiciones. La fe en ese Dios conceptual exige el sometimiento de la mente a fórmulas dogmáticas difíciles de explicar y comprender.

La distancia entre los tratados clásicos sobre «El Verbo Encarnado» anteriores al Concilio Vaticano II y los ensayos posconciliares sobre «Jesucristo liberador» es abismal. Es más fácil llegar a Jesús mediante una aproximación al Jesús histórico que a través del dogma.

¿Qué es lo propio del Dios cristiano?

Lo propio del Dios cristiano no puede ser algo abstracto como la justicia, el amor o la gracia; esas bondades y otras semejantes se anuncian en el Antiguo Testamento como características del Dios de Israel. El Dios cristiano, según Hans Küng, entra en la historia: es el propio Cristo, mediante el cual se revela el Dios de los Padres, y los creyentes conocen a Dios. Lo propio del Dios cristiano es Cristo, Cristo que se identifica con Jesús de Nazaret, real e histórico.

El Dios cristiano, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, es un Dios que al mismo tiempo es hombre, siendo Jesús uno con el Padre, esencialmente igual a Él en unión inseparable. Con Jesús lo humano forma parte de la realidad divina.

Según el Evangelio, Jesús nos ha revelado a Dios.

El conocimiento de Dios que Jesucristo nos ha traído no es una especulación, sino una participación de Dios que nos hace obrar como él y vivir su vida. Esa revelación ha trastornado por completo la religión: ha puesto a Dios en el hombre, ha unificado los mandamientos, proclamando

que solo puede alcanzarse a Dios si amamos a nuestros hermanos, que el amor a solo Dios era una ilusión y una pretensión, ya que Dios es amor, y el que ama de verdad, fraternalmente, ha nacido de Dios y conoce a Dios, proclama Evelyn en *Ateísmo de los cristianos*.

¿La Biblia dice con claridad que Dios es amor?

Todas las religiones valoran de algún modo o inculcan el amor. Si esto es así, el amor no sería lo específico del cristianismo; se trataría todo lo más de una exigencia. Para señalar lo específico del Dios cristiano en esta materia, habría que establecer matices, acudir a algunas referencias, descubriendo en las palabras «Que como yo os he amado, así os améis también los unos a los otros» no solo su valor sacrificial, sino su capacidad para atraer a Dios hacia la esfera humana en el hecho de la Encarnación.

¿Se puede diseñar en toda su amplitud la imagen del Dios cristiano?

Para hacerlo convendría depurarla de los contrastes contenidos en expresiones como el Dios fuerte, el vengador, el Dios de los ejércitos, etc., expresiones arraigadas en la mente, psicología y modo de actuar de algunos cristianos. Y resaltar aspectos esenciales de Dios que aparecen con toda nitidez en Jesús: misericordioso, amigo de pecadores, compasivo, defensor de los pobres, los débiles, la mujer, etc.

No me resisto a proponerte, como final de este capítulo, un problema siempre actual: la presencia del mal en el mundo. Cuestión que el filósofo Salvador Pániker resume así: «Nadie que haya conocido las agonías y el sin sentido del sufrimiento humano, puede creer en el Dios tradicional de los teólogos, el antropomórfico Dios "bueno", "justo" y "creador". En el momen-

to de escribir esto, leo en la prensa que ha habido cien mil muertos en Bangladesh, como consecuencia de un ciclón. Ningún teólogo alzaré la voz, solo lo hacen cuando las matanzas las comete el hombre; pero cuando la madre naturaleza suelta su furia, los teólogos disimulan. Sean teólogos de la liberación sudamericana o de la curia romana, su actitud es idéntica».

Con Hans Küng, pienso que Dios no actúa en el mundo desde arriba o desde fuera como un motor inmóvil, sino que lo hace desde dentro y como la realidad dinámica más real en el proceso evolutivo del mundo que Él posibilita, dirige y consume. Omnipotente y omnipresente, actúa como primordial soporte creador y consumidor, y, por tanto, conductor del universo, respetando plenamente las leyes naturales, que tienen en él su origen.

El profesor de filosofía de la religión Torres Queiruga formula la pregunta de este modo: «¿Es posible creer en Dios ante el panorama que nos oprime con guerras y genocidios, con crímenes y terrorismo, con hambre y explotación, con dolor, enfermedad y muerte?».

Y responde: «Los cristianos debemos tomar con seriedad mortal esta objeción, la cual afecta el mismo sentido de nuestra fe. Al mostrar sus límites infranqueables, el descubrimiento de la autonomía de las realidades mundanas, muestra al mismo tiempo el carácter estrictamente inevitable del mal en el mundo finito, en el cual “toda determinación es una negación” (Spinoza). Un mundo en evolución no puede realizarse sin choques y sin catástrofes; una vida limitada no puede escapar al conflicto, al dolor y a la muerte; una libertad finita no puede excluir a priori la situación límite del fallo y de la culpa. Supuesta, pues, su decisión de crear, Dios no puede evitar estas consecuencias en la creatura: sería anular con una mano lo que creaba con la otra. Eso no va contra su omnipotencia real y verda-

dera. Pues no es que Dios no pueda ya mantener un mundo sin mal, es que eso no es posible: sería tan contradictorio como hacer un círculo **cuadrado**». ¹

¿Qué añadirías por tu cuenta?

Ninguna explicación teológica ha aclarado el tema de la providencia o el de la presencia del mal en el mundo; los amigos de Job fracasaron en ese empeño frente a la perspicacia de Job. El mal es la gran aporía con relación a Dios. En ella tropezamos todos; no tenemos a mano ninguna luz. En cuanto a la providencia, no sabemos cómo rige Dios el mundo.

El mal carece de explicación y justificación alguna. Es nuestra inevitable y pesada cruz. Ante el mal sucumbe todo hombre, incluso Jesucristo. Pienso que ante el mal solo cabe una actitud, tal vez heroica: luchar por desarraigarlo, sin darse nunca por vencido. Para ver algún sentido a este drama, sólo cabe volver a Jesús, quien, vencido por la muerte, triunfa al final, resucitando.

Una cosa más: ¿saben los teólogos más cosas de Dios que los astrónomos del cosmos?

La teología es búsqueda. En el fondo, un no saber. Nos abre a una realidad que no podemos alcanzar. Un hombre de la talla de San Juan de la Cruz dejó escrito en el *Cántico* aquello: ¿cómo era?

Entréme donde no supe / y quédeme no sabiendo / toda ciencia trascendiendo.

1.- *Selecciones de Teología*, número 145.

Jesús de Nazaret

La tendencia a resaltar la divinidad de Jesús, ¿devalúa de algún modo su realidad humana?

Esa tendencia ha tenido consecuencias negativas, pues se han malogrado aspectos de la Encarnación vitales para el hombre. «Afírmese la divinidad de Jesús y perezca el mundo», parecía ser la consigna de algunos cristianos. El docetismo, error según el cual el cuerpo humano de Cristo no era real, sino aparente e ilusivo, fue una de las herejías cristianas más funestas. Todavía se halla vigente dentro de la Iglesia. Por el contrario, la exaltación de lo divino de Jesús en detrimento de lo humano, nos aleja del auténtico ámbito cristiano. No somos simples teístas, sino creyentes y adoradores de Jesús de Nazaret, el Cristo.

La teología y la pastoral, para referirse a Jesucristo, utilizan la expresión «Jesús de Nazaret», sin aclarar al creyente de a pie el significado y trascendencia de la misma.

Esa expresión está relacionada con la absurda discusión sobre qué debe resaltarse en Jesucristo: su realidad humana (Jesús de Nazaret) o su realidad divina (el Cristo). Fueron los conservadores, no los progresistas, quienes abrieron la disputa. Quizá porque el término «Cristo», como expresión teológica exclusiva, obra como arma arrojada contra cualquier pretensión aperturista en teología, e incluso como escudo para proteger lo que suele denominarse ortodoxia; ortodoxia, que, por cierto, nadie niega el día de hoy.

Dialogando con mi obispo (en esa ocasión él actuaba como mandado), después de aconsejarme que no criticara tanto a la Iglesia, añadió: «Tú siempre hablas de Jesús de Nazaret, nunca del Cristo». Puesto que su afirmación era gratuita, le respondí contrariado: «Si lo hago de ese modo,

es porque usted habla del Cristo, sin citar o soslayando a Jesús de Nazaret».

¿Podemos llegar a conocer a Jesús de Nazaret, al Jesús de la historia, a través de las narraciones evangélicas?

Creer algunos que a través de las narraciones del Evangelio, entendidas a la letra, tenemos acceso cabal al Jesús histórico. Conviene precisar que dichas narraciones, más que exposición histórica de hechos, son expresión de la fe en Jesús de la primitiva Iglesia, fe que habría entendido e interpretado a Jesús, tal como lo narran los Evangelios.

La interpretación que la Iglesia primitiva hace de Jesús, ¿es correcta? ¿Pudo haber tergiversaciones?

Hay analistas apasionados a los que traicionan sus fobias o prejuicios hacia el Evangelio, quienes llegan a sostener que las narraciones evangélicas habrían tergiversado para nosotros la realidad de Jesús, lo cual no es cierto. La Iglesia primitiva interpretó los hechos en correcta fidelidad a la realidad histórica de Jesús, con quien convivieron, y a quien escucharon directamente. El evangelio de Juan, el más teólogo de los evangelistas, dice: narran de Jesús «lo que han visto, lo que han oído, lo que palparon sus manos del Verbo de la Vida».

Hoy en día, pese a la crítica histórica, científica y seria a la que se someten estas cuestiones, circulan gratuitas especulaciones subrayando que lo narrado en los evangelios no es histórico. Esa tesis no aporta nada nuevo. Habría que precisar que, aunque lo narrado no sea historia, en absoluto se trata de una tergiversación o engaño pretendidos arteramente.

Jesús de Nazaret sigue de actualidad. Interesa de modo especial su humanidad. Escritores como Saramago, en *el Evangelio según Jesucristo*, o Norman Mailer, en *El evangelio según el Hijo*, interpretan la cara humana de Jesús en esos dos libros polémicos. ¿Qué decir hoy sobre su divinidad?

Nadie entiende hoy las expresiones metafísicas con que suele exponerse el tema de la divinidad de Jesucristo. Su formulación y lenguaje conceptuales resultan incomprensibles para la cultura contemporánea. No es esa la única ni la mejor formulación que se pueda emplear (ni siquiera lo fue en el ámbito de la religión judeocristiana de la que nació el cristianismo, ni en el ámbito de la cultura propia del judaísmo; quizá lo fue en la cultura helénica, con la que se realizó lo que se llama fijación del dogma). En nuestro tiempo se echa de menos una terminología dinámica.

Modernamente algunos teólogos expresan el tema de la divinidad en términos de libertad: Jesús fue un hombre libre, incluso con relación a Dios. Libre de todas las dependencias que puedan constreñir al hombre. En la práctica de esa libertad expresó Jesús su singularidad de no estar supeditado a nada; de estar no solo por encima de todo, sino de ser Él mismo referencia de todo. Esto es hablar hoy de la divinidad de Jesús en un lenguaje que puede ser comprendido.

¿Qué pruebas se pueden aportar sobre la divinidad de Jesús?

Para el teólogo Gerhard Lohfink, una de las mejores presentaciones de esta cuestión, citando textos de la Iglesia primitiva, se encuentra en la segunda carta de Clemente: «No nos demos por satisfechos con llamar Señor a Jesucristo, pues eso no nos salvará. En efecto, dice Él, no todo el que me dice Señor, Señor, será salvado, sino quien obra la justicia. Por eso, hermanos, confesémosle mediante las

obras, amándonos recíprocamente, no hablando mal de otros, no siendo celosos, sino, por el contrario, austeros, compasivos y bondadosos» (2 Clem. 4,1-3).

Más adelante, Gerhard Lohfink hace hincapié en que el comportamiento inconveniente del creyente puede llevar a los gentiles a suponer que la enseñanza cristiana es puro engaño y ficción: «... cuando los gentiles nos oyen pronunciar los dichos de Dios, se sorprenden ante ellos, como ante palabras buenas y excelsas. Pero, cuando observan después, que nuestras obras no se corresponden con las palabras que decimos, entonces ellos difaman a Dios y dicen que se trata de algún mito o dicho erróneo» (2 Clem. 13,3).

En esos textos se aprecia la relación bíblica entre la comunidad y la honra de Dios: cuando los gentiles difaman a la comunidad por el mal ejemplo de la comunidad, el nombre de Dios sufre deshonra. Esto supone que la comunidad es el signo, la presencia, la gloria de Dios en el mundo. Si, por el contrario, la comunidad vive de verdad el Evangelio, el nombre de Dios es glorificado entre los gentiles y el plan de Dios para el mundo sigue su curso. Se establece una relación de conocimiento entre comunidad, Cristo y Dios.

¿En qué términos convendría exponer hoy en día la divinidad de Jesús?

Partiendo del Evangelio, el tema de la divinidad de Jesús está planteado en términos de acción y, para que las gentes admitan esa divinidad, en términos de testimonio. No se plantea mediante reflexiones o argumentos para que los oyentes acaben por ver y aceptar su divinidad.

Términos de acción y testimonio es poner de relieve limpiamente la figura de Jesús tal como era, lo que hacía, cómo se comportaba. En eso aparece con claridad su gran-

deza. Eso es lo que llevó a muchos que fueron testigos de su vida o de su muerte a exclamar que Él estaba por encima de todo y era el Hijo de Dios.

Cuando Jesús mandó a sus discípulos por todo el mundo para que dieran testimonio de Él y las gentes se convencieran de lo que Él era, les dijo: «Para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

Pablo puntualiza que para ser salvados hay que creer y para creer hay que oír la predicación. ¿Dispone la Iglesia o la teología en el tercer milenio de un esquema actualizado para presentar ese mensaje salvador?

El esquema, procedimiento o técnica más idóneo para una evangelización auténtica, incluso en nuestro tiempo, no es otro que el seguimiento de Jesús. Dicho seguimiento hará posible el acceso a Dios de quienes no lo conocen o no lo aceptan. Es evidente, por lo tanto, que el tema de la evangelización afecta sobre todo al predicador.

En relación al modo apropiado para la proclamación del mensaje de Jesús, debe desecharse cualquier planteamiento conceptual, porque no se trata de una explicación convincente y exhaustiva de la doctrina de Jesús sobre Dios, sobre su realidad y existir, para que el que la escucha la acepte por su exactitud, profundidad y coherencia. La Buena Nueva pretende que sus destinatarios acepten la persona y la obra de Jesús, su mensaje salvador, objetivo inalcanzable si el predicador carece de experiencia personal, es decir, de vivencia religiosa.

«Las palabras hay que conquistarlas, viviéndolas», decía Borges hace casi un siglo: Que nadie se anime a escribir la palabra «suburbio» sin haber caminado largamente por sus veredas altas; sin haberlo deseado y padecido.

Proclamar el evangelio en frío, es decir, de oídas, sin vivirlo plenamente, anunciarlo por rutina, porque hemos recibido un mandato, sería como sembrar sobre la grava apretada del camino.

Decías que hay que desechar el planteamiento conceptual. ¿En qué te basas?

En las palabras de Jesús: «Que vean vuestras buenas obras y así glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos». Con ellas plantea en su justo medio, de forma contundente, cómo se ha de anunciar el contenido de la fe a los no creyentes. De no hacerlo de modo testimonial, la predicación no pasará de palabrería, campana que retiñe; a nadie persuadirá. Cualquiera podría rechazarla con argumentos más convincentes.

La conversión no tiene lugar por efecto de la precisión o justeza de la doctrina expuesta, sino por la fuerza ejemplar de la vida cristiana de los que evangelizan. Por grandes que sean los esfuerzos desplegados en la tarea de evangelizar el mundo, si los cristianos no damos testimonio veraz con nuestra vida de lo que anunciamos de palabra, todo será inútil. Este es el desafío de los cristianos y de la Iglesia. Las vanguardias misioneras no podrán avanzar de no verse respaldadas por un cristianismo vigoroso, ejemplar y atractivo.

Hablando de evangelizar, has introducido el término «seguimiento», palabra que significa ir detrás de uno, ir en busca de una persona, caminar hacia ella, imitar o hacer una cosa por el ejemplo que otro ha dado de ella, etc.

Ese vocablo posee una clara dimensión moral. En el cristianismo no hay otra moral que la del seguimiento de Jesús. La vida cristiana se nos presenta como imitación, como seguimiento básico de Cristo. Seguir a Jesús no consiste en aceptar sus palabras materialmente, como un dictado impuesto al hombre desde fuera de sí mismo. Tampoco consiste en aceptar sus preceptos. Sus palabras son interpelaciones abiertas sobre horizontes infinitos.

Los teólogos, aun a riesgo de que no se os comprenda, nunca renunciáis a la terminología de las aulas. ¿A qué te referies cuando dices «sus palabras son interpelaciones abiertas»?

Me refiero al Sermón de la Montaña, discurso de Jesús al que llamamos «bienaventuranzas». Ese texto, síntesis perfecta del Evangelio, según los exegetas, no es una suma de mandatos; se trata de interpelaciones o requerimientos que sitúan al hombre frente a las utopías del Reino, cuya realización no está sometida a la naturaleza de unas leyes inexorables, en este caso del todo impracticables (la ley, por su naturaleza y objetivos que persigue, exige precisión, posibilidad en sus mismos enunciados, etc.).

Lo que Jesús pretende con tan emblemático sermón es colocarnos frente a un horizonte de grandeza infinita que nos ayude a formular un compromiso cada vez mayor en nuestras actuaciones, para lograr los objetivos del Reino.

No me resisto a leer en voz alta una de las paráfrasis más bellas sobre las Bienaventuranzas, escrita por el sacerdote navarro José María Cabodevilla:² «Hubo un tiempo en que las ocho bienaventuranzas eran como ocho ríos de lava, como una cesta

llena de alacranes, una llama junto al polvorín, un látigo de ocho brazos, una panoplia con ocho cuchillos; eran ocho granos de sal capaces de sazonar el mundo, ocho palomas furiosas, ocho campanas volteando sin cesar en la noche. Y eran también, a la vez, como ocho panes; como un manto de brocado para el mendigo; miel, marfil, brisa, púrpura, nieve en agosto. Esto eran las bienaventuranzas, aquel día, cuando Jesús las predicó en un monte de Galilea».

Es gratificante escuchar palabras e imágenes tan bellas. En la catequesis infantil las recitábamos siempre de memoria. Silenciarlas hoy a la hora de evangelizar representaría gran torpeza.

Según el teólogo Bernhard Häring el llamamiento de Cristo nos llega a través de la conciencia, a la que Cristo le comunica luz, y por ella alumbra e ilumina. Ahora bien, puesto que Jesús pertenecía a una cultura que no se caracterizaba por sus conceptos, sino por imágenes y símbolos, tomarlos al pie de la letra es reducir a nivel humano las interpelaciones que Dios nos hace por medio de Jesús. ¿Podemos conocer con certeza en qué consiste el seguimiento?

El seguimiento de Jesús consiste en dejarse llevar cordialmente por su espíritu; exige sintonizar con su manera de ver y valorar las cosas. Jesús, lleno del Espíritu Santo, era distinto, singular y único, incluso con relación a lo que los hombres suelen entender. De ahí que los caminos de su seguimiento son infinitos, difíciles, ocultos por sublimes, silenciosos, íntimos, con frecuencia empinados, pero siempre fecundos.

2.- Cavodevilla, José María: *Las formas de felicidad son ocho*, BAC, Madrid, 1984.